

A PROPOSITO DE LA ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO EN *LABOREM EXERCENS*

José Antonio Ubillús Lamadrid, C.M.

Está lejos de nosotros la pretensión de hacer un estudio del tema que nos va a ocupar en toda la encíclica papal. Nuestro objetivo es más bien, centrándonos en el último capítulo, "Elementos para una espiritualidad del trabajo", hacer una reflexión a partir de tres aspectos que resalta Juan Pablo II y que nos parecen fundamentales: el sentido que tiene la espiritualidad cristiana; el trabajo como participación en el plan de Dios Creador y su relación con el Reino de Dios.

65

1. VIVIR SEGUN EL ESPIRITU: VERDADERO SENTIDO QUE TIENE LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Antes de referirse a una espiritualidad del trabajo, Juan Pablo II deja entender claramente que hablar de espiritualidad es referirse al hombre en su totalidad (1): "Dado que el trabajo en su aspecto subjetivo, afirma, es siempre una acción personal, *actus personae*, se sigue necesariamente que en él *participa el hombre completo, su cuerpo y su espíritu*, independientemente del hecho de que sea un trabajo manual o intelectual. Al hombre entero se dirige también la Palabra de Dios vivo, el mensaje evangélico de la salvación, en el que encontramos contenidos —como luces particulares— dedicados al trabajo humano" (2).

La relación de espíritu y cuerpo ha preocupado a todas las grandes corrientes filosóficas de la humanidad desde

Platón y Aristóteles hasta el existencialismo y personalismo contemporáneos (3). Sin embargo, gracias a éstas, podemos hoy entender con más claridad tal relación y establecer, fundándonos en las mismas, que no hay un yo puro ni espíritu desencarnado sino un yo que es cuerpo, un sujeto corporal inmediatamente abierto a las personas y al mundo. El hombre es, pues, espiritual en la medida que él como espíritu encarnado en un cuerpo se introduce en la materia, en el mundo; queda por tanto remitido a la experiencia, su experiencia histórico-humana, para llegar a constituirse como un ser espiritual. Pero tal experiencia nunca podrá satisfacerlo, realizarlo, plenamente. De ahí que, en virtud de su condición trascendente, se deba elevar por encima de ésta (4).

66

Desde el punto de vista cristiano, por influencia de la filosofía griega (5), se entendía por espiritualidad aquello que alejaba de la vida diaria, del mundo. Desde finales de la Edad Media se acostumbró a distinguir entre “moral”, destinada a todos los cristianos en general, y “espiritualidad” o “vías de perfección” reservadas a una pequeña élite que se apartaba del mundo (6). La dificultad estaba en que la palabra “espiritualidad” era tomada en el sentido griego de “espíritu” sinónimo de “alma”, desencarnado y distinto del “cuerpo” (7). Sin embargo, lo que la “espiritualidad cristiana” designa es simplemente “la vida según el Espíritu Santo” (Rom. 7-8) (8). Y se vive según el Espíritu “una vida de fe”, que engloba dimensiones concretas, sin reducirse a ninguna de éstas.

La gratuidad es la dimensión primera de la fe (9). Se trata de una experiencia en la que el hombre, despojándose (Filp. 2, 6-7) de todo egoísmo y tomando una actitud humilde (Mt. 5, 3) (10) y confiada como la de un niño (Mc. 10, 15) (11), acepta el don gratuito del Señor, la fe o el Amor Absoluto, que viene a vivificar, purificar, perfeccionar y universalizar su amor humano haciéndolo que se reconozca libre y creativamente hijo del Padre y hermano de todos los hombres en Jesucristo: “Ustedes, her-

manos, fueron llamados para gozar la libertad; no hablo de esa libertad que encubre los deseos de la carne; más bien háganse esclavos unos de otros por amor. Pues la Ley entera está en una sola frase: *Amarás tu prójimo como a ti mismo*. Pero si se muerden y se devoran unos a otros, ¡cuidado!, que llegarán a perderse" (Gal. 5, 13-15). Libres para amar, es decir, libres para asumir la Buena Nueva mesiánica del amor y liberación universales, que hay que anunciar y construir desde y con los pobres de este mundo (Lc. 4, 18-22). Es esta disposición libre para amar lo que constituye la segunda dimensión de la fe (12). Es aquí donde cobra sentido la oración cristiana. Ella es renovación continua de ese encuentro gratuito, místico y contemplativo con el Señor que, lejos de alienar, abre al encuentro de los otros y a la realización de una tarea común (13).

Una dimensión "escatológica" o de "esperanza" está también presente en una experiencia de fe cristiana que se vive según el Espíritu. Ser cristiano es ser también un hombre que espera, es decir, que experimenta a Cristo no sólo como un Dios sobre él, dentro de él y presente en los hermanos y en la historia, sino también como un Dios que "ya" ha introducido una edad (el Reino), cuya plena realidad "todavía no" ha aparecido (la plenitud del Reino): "los cielos nuevos y la tierra nueva" (Apoc. 21) (14). Esta actitud radicaliza el compromiso cristiano en favor de un mundo más digno del hombre, y al mismo tiempo relativiza todo resultado que se haya conseguido ya (15): "Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando la liberación de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es objeto de esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero esperar lo que no vemos, es esperar con paciencia" (Rom. 8, 22-25).

Finalmente, la vida de fe cristiana engloba una dimensión celebrante a través de la cual el creyente celebra y manifiesta litúrgicamente su comunión con Cristo "en espíritu y verdad" (Jn. 4, 23-24) por medio de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía (16).

La celebración litúrgica es término y a la vez comienzo, cumbre y fuente de una vida de fe según el Espíritu: aceptación del don gratuito del Señor; acción militante por la construcción del Reino y esperanza de plenitud en Cristo. Es manifestación del "ya" de la liberación inaugurada y del "todavía no" de la salvación universal. Es memorial no sólo del pasado, sino también y principalmente del futuro. Evoca el cumplimiento de la historia, el término que da sentido, y representa, hace presente los "últimos tiempos", la novedad en Cristo resucitado, en quien toda la creación "será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la libertad y en la gloria de los hijos de Dios" (Rom. 8, 21) (17).

68

Concluyendo esta primera parte podemos pues afirmar con fundamento que la espiritualidad cristiana, que es un vivir la fe según el Espíritu, es contemplación y acción, mística y compromiso; descanso y tarea, soledad y multitud; alejamiento y retorno; reposo y camino; encuentro, anuncio y construcción con vistas a una transformación personal y comunitaria cada vez más plenos en Jesucristo (18).

2. SENTIDO CRISTIANO DEL TRABAJO

Es sólo al interior de la vida de fe según el Espíritu que el trabajo humano adquiere su sentido cristiano y "entra en la obra de salvación" (19), se constituye en "evangelio" (20) y pone en relación con Dios, contribuyendo en la creación de un mundo más fraterno y en la construcción del Reino de Dios: "Si la Iglesia considera como deber suyo pronunciarse sobre el trabajo bajo el punto de

vista de su valor humano y del orden moral, reconociendo en esto una tarea específica importante en el servicio que hace al mensaje evangélico completo, contemporáneamente ella ve un deber suyo particular en la *formación* de una *espiritualidad del trabajo*, que ayude a todos los hombres a acercarse a través de él a Dios, Creador y Redentor, a participar en sus planes salvíficos respecto al hombre y al mundo, y a profundizar en sus vidas la amistad con Cristo, asumiendo mediante la fe una viva participación en su triple misión de Sacerdote, Profeta y Rey..." (21).

2.1. CONTRIBUIR EN LA CREACION

Teilhard de Chardin, frente a una espiritualidad que privilegiaba la intención subjetiva del trabajo y menospreciaba sus resultados objetivos exclamaba mística y proféticamente: "Pero el propio trabajo de nuestros espíritus, de nuestros corazones y de nuestras manos —nuestros resultados, nuestras obras, nuestro *opus*— ¿no se "*eternizará*"?, ¿no se salvará en cierto modo?... Quiero, necesito que sea así. Quiero, porque me gusta irresistiblemente lo que tu permanente concurso me permite llevar a realidad cada día. Este pensamiento, este perfeccionamiento material, esta armonía, este matiz particular de amor, esta complejidad exquisita de una sonrisa o de una mirada, todas estas bellezas nuevas que aparecen por primera vez, en mí y en torno a mí, sobre el rostro humano de la Tierra, las quiero como a hijos, y no puedo pensar que, en su carne, hayan de morir completamente. Si yo creyera que estas cosas se marchitan para siempre, ¿les habría dado vida jamás? Cuanto más me analizo, más descubro esta verdad psicológica: que ningún hombre levanta el dedo meñique para la menor obra sin que le mueva la convicción, más o menos oscura, de que está trabajando infinitesimalmente (al menos de modo indirecto) para la edificación de algo Definitivo, es decir, Tu misma obra, Dios mío" (22).

Esas afirmaciones de Teilhard, que en un tiempo parecieron sospechosas, han sido hoy confirmadas por la Exégesis (23), la Teología (24) y el Magisterio, especialmente por el Concilio Vaticano II en su "Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual" (GS). Y es precisamente esa exégesis, esa teología y ese magisterio el que Juan Pablo II recoge para presentar, de un modo claro y sintético, el trabajo humano como participación en la obra creadora de Dios: "En la palabra de la divina Revelación, afirma, está inscrita muy profundamente esta verdad fundamental, que *el hombre*, creado a imagen de Dios, *mediante su trabajo participa en la obra del Creador*, y según la medida de sus propias posibilidades, en cierto sentido, continúa desarrollándola y la completa, avanzando cada vez más en el descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado" (25).

70

Es, por consiguiente, esa contribución del trabajo en la creación la que hace de éste, siempre y cuando no esté alienado por estructuras socioeconómicas injustas, un excelente medio para una experiencia espiritual, que consiste en sentirse responsable de la continuidad de la creación de sí mismo y del mundo: "Los cristianos —afirma también el Papa, citando al Vat. II (26)—, lejos de pensar que las conquistas logradas por el hombre se oponen al poder de Dios y que la criatura racional pretende rivalizar con el Creador, están, por el contrario, persuadidos de que las victorias del hombre son signo de grandeza de Dios y consecuencia de su inefable designio. Cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplia es su responsabilidad individual y colectiva... *El mensaje cristiano* no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que al contrario, les impone como deber el hacerlo" (27).

2.2. TRABAJO Y DESARROLLO DEL REINO DE DIOS

Al concluir su encíclica, Juan Pablo II resalta la estrecha relación que existe entre el trabajo y el Reino de Dios, es decir con aquello que constituye el corazón de la misión de Jesucristo (28). Llama la atención para que “el cristiano que está en actitud de escucha de la palabra del Dios vivo, uniendo el trabajo a la oración, sepa qué puesto ocupa su trabajo no sólo en el *progreso terreno*, sino también en el *desarrollo del Reino de Dios*, al que todos somos llamados con la fuerza del Espíritu Santo y con la palabra del Evangelio” (29).

El trabajo humano adquiere pues todo su sentido cristiano, se hace “evangelio” y “espiritualidad”, en la medida en que no sólo contribuye en la continuidad de la creación, sino también en la medida que está en función de la construcción de la Buena Nueva proclamada por Jesucristo (Mc 1, 15), que no se reduce al rechazo de tal o cual pecado individual o de tal o cual injusticia particular, sino que es ante todo una exigencia de un orden, de una transformación, personal y social distintos. En este sentido “el Reino es una nueva creación: postula la búsqueda de un nuevo tipo de hombre en una sociedad distinta. No se confunde con una sociedad justa: se realiza en una sociedad fraterna y justa, y, a su vez, esa realización despunta en promesa y esperanza de comunión plena de todos los hombres con Dios. Lo político entronca en lo eterno” (30).

71

Es preciso, afirmamos para concluir, parodiando a Teilhard, que todo cristiano conozca el aguijón y la embriaguez que suscita el Reino de Dios (31); que entre por la fe en la inteligencia del advenimiento del mismo, es decir, que se integre en el seguimiento de Jesús (32), que “no solamente lo anunciaba, sino que ante todo, cumplía con el trabajo el “evangelio” confiado a él... *el que lo proclamaba, él mismo, era hombre de trabajo...*” (33).

NOTAS

(1) En su primera encíclica, **REDEMPTOR HOMINIS**, hace una exposición sobre la relación del hombre con la redención.

(2) **LABOREM EXERCENS (LE)**, 24.1.

(3) Cf. R. GARAUDY: **Perspectivas del hombre**, Barcelona, 1970.

(4) Cf. K. RAHNER: **Espíritu en el mundo**, Barcelona, 1963; C. ALVAREZ-CALDERON: **Pastoral y liberación humana**, Quito, 1969. Véase especialmente el Cap. VII: "Cuerpo, espiritualización y pastoral".

(5) Cf. W. JAEGER: **Cristianismo primitivo y paideia griega**, México, 1971.

(6) Cf. S. LEGASSE: "L'appel du riche" en **La pauvreté évangélique**, Paris, 1971, pp. 65-91. El autor plantea, desde el punto de vista bíblico, lo que significa radicalizar en la fe.

(7) Cf. B. MARCHAND: "Sur quelques sens du mort 'sprit'" en **Christus 113** (1982), pp. 120-123; J. DECHANET: "A la découverte du corp" en *Ibid.*, pp. 69-72.

(8) Cf. P. GRELOT: "La vie dans l'Esprit" en **Christus 113** (1982), pp. 83-98; I. DE LA POTTERIE - S. LYONNET: **La vida según el Espíritu**, Salamanca, 1967; CLAR: **La vida según el Espíritu en las Comunidades**

Religiosas de América Latina, Bogotá, 1973; G. GUTIERREZ: **La espiritualidad de los agentes pastorales**, (Texto mimeografiado); L. BOUYER: **La spiritualité du Nouveau Testament et des pères**, Paris, 1966, pp. 13-14; D. BERTRAND: "Du spirituel à l'Esprit Saint" en **Christus 113** (1982), pp. 109-119.

(9) Cf. H. DE LUBAC: **Le mystère du surnaturel**, Paris, 1965, (Cap. IV: "Pour une gratuité réelle"); *Id.*: **Por los caminos de Dios**, Buenos Aires, 1962; A. VERGOTE "Dios nuestro Padre" en **Concilium 130** (1977), pp. 419-430; P. TH. CAMELOT: "Dios: un espíritu que hace vivir" en *Ibid.*, pp. 443-448; G. GUTIERREZ: **El Dios de la vida**, Lima, 1982.

(10) Cf. A. GELIN: **Les pauvres de Yahvé**, Paris, 1935; J. DUPONT: **Les Béatitudes**, Paris, 1968, (Cap. I: "Les pauvres").

(11) Cf. A. DUPONT: o.c. (Cap. IV: "Le privilège des petits enfants").

(12) Volveremos al tema en la segunda parte del presente trabajo.

(13) Cf. J.M. CASTILLO: **Ora-ción y existencia cristiana**, Salamanca, 1957; G. GUTIERREZ: "Beber en su propio pozo" en **Páginas 47** (1982), (Separata Nº 47); A.M. DI NOLA: **La preghiera dell'uomo**. *Antologia delle*

preghiere di tutti i popoli, Bologna, 1957. Véase el Prefacio, pp. 5-11.

14) Cf. R. BULTMANN, **Historia y escatología**, Madrid, 1974; J. MOLTSMANN: **Teología de la Esperanza**, Salamanca, 1969; Id.: **Esperanza y planificación del futuro**, Salamanca, 1971; W. KASPER: **Fe e historia**, Salamanca, 1971; K. RAHNER: "Le christianisme comme religion de l'avenir absolu" en **Marxistes et chrétiens**, Paris, 1968; Id.: "Utopía marxista y futuro cristiano del hombre" en **Escritos de Teología**, VI, Madrid, 1967, pp. 76-86; Id.: "Ideología y cristianismo" en *Ibid.*, pp. 58-74; H. DE LUBAC: **La postérité spirituelle de Joachim de Flore**, Paris, 1982; Diversos artículos sobre la esperanza cristiana en **Concilium** 59 (1970).

(15) Cf. E. SCHILLEBEECKX: **Dios, futuro del hombre**, Salamanca, 1970, pp. 184-204.

(16) Cf. SC., 10; P. ABELA: "Celebrar la Eucaristía y actuar" en **Concilium** 120 (1977), pp. 387-396.

(17) Cf. J. GELINAU: "Celebrar la liberación pascual" en **Concilium** 92 (1974), pp. 276 y ss.; J. MOLTSMANN: "La fiesta liberadora" en *Ibid.*, pp. 150-161; V. CODINA: **Teología y experiencia espiritual**, Santander, 1977, (Cap. XIII: "La teología dionisiaca"); H. COX: **The feast of fools. Essay on festivity and fantasy**, Cambridge, 1969.

(18) Cf. el magnífico prefacio de H. DE LUBAC a la obra dirigida por A. RAVIER: **La mystique et les mystiques**, Paris, 1965; igualmente, véanse las siguientes obras y artículos: K. RAHNER: **Oyente de la Palabra**, Barcelona, 1967, (Caps. V y X-XIII); S. GALILEA: "La liberación como encuentro de la política y de la contemplación" en **Concilium** 96 (1974); Id.: "San Juan de la Cruz y la espiritualidad liberadora" en **Medellín** 2 (1975); F. MARTIN: "Connaissance de Dieu et amour de l'homme: un aspect du mysticisme chrétien" en **SIDIC** 11 (1972); TH. MERTON: "Marxism and monastic perspectives" en **The asian journal of Thomas Merton**, New York, 1973; A. BERNARD: **Contemplazione, a-zicne, mistica**, Roma, 1971; N. ZEVALLOS: **Contemplación y política**, Lima, 1975.

19) *LE.*, 24.1.

(20) *Ibid.*, 25.3

(21) *Ibid.*, 24.2.

(22) **El medio divino**, Madrid, 1967, pp. 42-43.

(23) Cf. P. SCHOONENBERG: **Alianza y Creación**, Buenos Aires, 1969; G. VON RAD: **La Genèse**, Ginebra, 1968; Id.: **Théologie de l'Ancien Testament**, I, Ginebra, 1963.

(24) Cf. M. D. CCHENU: **Pour une théologie du travail**, Paris, 1955; G. THILS: **Teología de**

las realidades terrestres, Bilbao, 1951.

(25) LE., 25.2

(26) GS., 36; Cf. M. D. CHENU: "Teología del trabajo" en *El evangelio en el tiempo*, Barcelona, 1966, p. 538.

(27) LE., 25.4.

(28) Cf. P. SCHNACKENBURG: *Reino y reinado de Dios*, Madrid, 1970; J. BONSIRVEN: *Le règne de Dieu*, Paris, 1957; J. DUPONT, o.c., (Cap. III.2: "Le message du Règne de Dieu"), pp. 99 y ss.; J. SCHLOSSER: *Le Règne de Dieu dans les dits de Jésus*, Paris, 1980; H. CAZELLES: *Le Messie de la Bible*, Paris, 1978; P. GRELOT: *L'espérance juive á l'heure de Jésus*, Paris, 1978; A. GELIN: *L'âme d'Israel dans le Livre*, Paris, 1958; B. RIGAUX: "Le radicalisme du règne" en *La Pauvreté évangélique*, Paris, 1971; CH. DODD: *Las parábolas del reino*, Madrid, 1974; W. PANNENBERG: *Teología y Reino de Dios*, Salamanca, 1974.

(29) LE., 27.7.

(30) G. GUTIERREZ: "Jesús y el mundo político" en *Teología y Vida* 4 (1973), p. 271. En este mismo sentido, H. ECHEGARAY: "El anuncio del Reino de Dios a los pobres" en **Páginas**

29 (1980), (Separata Nº 29), p. 2, afirma: "Según la mayoría de los exégetas, el mensaje de Jesús se estructura básicamente en torno a dos polos: la venida inminente del Reino y el carácter radical de la exigencia de Dios a convertirse y a entrar en su dinámica. De un lado hay el Reino como don escatológico, es decir definitivo y último de la salvación, ofrecido gratuitamente por Dios sin mediación de nuestro esfuerzo para obtenerlo; de otro lado, el llamado insistente a ponerse en marcha hacia el Reino y prepararlo asumiendo el esfuerzo transformador de nuestra historia que el reino mismo simultáneamente impulsa, promete y supone. De un lado, el futuro, de otro lado, el presente del Reino".

(31) Cf. o.c., p. 59; M.D. CHENU: "Teología del trabajo" en o.c., pp. 552-553.

(32) Al respecto nos parece bastante esclarecedor lo que B. RIGAUX, en su obra que ya hemos citado, p. 144, dice: "Suivre Jésus, c'est tout d'abord avoir entendu la Bonne Nouvelle de Dieu: "Le temps est accompli et le Règne de Dieu est tout proche". Yl y adhère par sa foi et se trouve tout de suite associé á la vie itinérante de Jésus".

(33) LE., 26.1